

### Los vándalos

El Metro marcó un punto de inflexión en el desarrollo de nuestra capital y, con sobradas razones, se convirtió en uno de los mayores orgullos de los caraqueños: un medio de calidad impecable y puntualidad británica, al cual todos tenían acceso y eran tratados con la misma deferencia y respeto. No se trataba tanto del avance tecnológico, que al fin y al cabo dependió decisivamente de la capacidad importadora que otorgaba la renta petrolera, sino del modo en que los ingenieros y planificadores venezolanos programaron la ejecución del sistema, diseñaron esas piezas clave que son las estaciones y los andenes y concibieron su operación. Para no mencionar sus decisivos aportes al espacio público de la ciudad con los bulevares de Sabana Grande, Catia y Caricuao.

En aquellos años se soñaba con que la ciudad de la superficie pudiera parecerse al admirado subterráneo, y si no toda ella, que al menos el cochambroso transporte público superficial -el lamentable “sistema” de busetas y *jeeps* lindante con la informalidad, afrenta a la dignidad del ciudadano- incorporara las virtudes del subterráneo. Lamentablemente ello no ocurrió y aunque no puede desconocerse el esfuerzo realizado por la misma CAMETRO, el Metrobús, es evidente que se quedó corto, muy corto al ser condenado a una exasperante lentitud por las condiciones en que opera.

En estos años en que nos abruma una sedicente revolución perorante, que proclama con sospechosa insistencia estar al servicio de los más pobres, la igualación entre el transporte subterráneo y el superficial se ha logrado por una vía paradójica que ni la más exaltada imaginación hubiera sido capaz de concebir: la sostenida decadencia del sistema subterráneo ha logrado la insólita hazaña de igualar al pésimo transporte público superficial.

A raíz del reciente incidente del Metro que dejó a centenares de pasajeros atrapados en los túneles sin información ni auxilio, no faltaron exponentes del régimen que acusaran de vándalos a los angustiados ciudadanos que, en la desesperación, optaron por romper las ventanas de los vagones buscando una vía de escape: ¿no han entendido que son ellos quienes, con pasmosa rapidez, han venido convirtiendo esta ciudad en un dilatado erial? Pero, como sentenció Borges, “sus destrucciones y fundaciones son ilusorias. Su obra es efímera”. Como ellos mismos.